



ANDUTZ

(Fot. y texto de «Pakol»)

ANDUTZ

A derecha e izquierda de las desembocaduras de los guipuzcoanos ríos Deva y Urola, respectivamente, el alargado pico de Andutz pone su nota verde y gris —pasto y caliza— sobre el denso azul de nuestro mar que rompe su monótono aspecto al toparse con su eterno rival, la costa, para dibujar quebrados festones de blanca espuma, tan quebrados como son las líneas de nuestro litoral.

La comodidad con que puede alcanzarse la cumbre de este monte, nos recuerda la opinión de aquel amigo aragonés, gran excursionista, quien decía comprender la gran afición que conoció en el País Vasco, por ir las bellezas de nuestras cumbres en sentido inverso a las dificultades que existen para llegar hasta ellas.

Es el Andutz una montaña auténticamente veraniega. Pues aunque el reducido marco geográfico de nuestra región no dé muchas facilidades para entenderlo, también aquí podemos catalogar las excursiones por épocas.

Que podamos subir las laderas de una montaña en el más caluroso de los días estivales, mientras nuestro sudor es aliviado por el abanicar de la brisa marina, es algo que también puede contarse.

Sentados al pie de la férrea cruz de su cumbre —colocada allí por la fe que rebota en el cercano Santuario de Itziar— podemos contemplar dos espectáculos muy distintos pero igualmente maravillosos.

A un lado, el inmenso Cantábrico —tan colérico cuando los elementos tocan a galerna— se hallará feliz y sosegado ante la sonrisa azul del cielo. Allá donde los dos parecen besarse, algunas negras humaredas marcarán con su inclinación la dirección de los mercantes, mientras que más acá infinidad de puntos oscuros aparentemente inmóviles, nos dirán dónde los «arrantzales» han encontrado los bancos de pesca.

Volviendo la vista tierra adentro, un brusco cambio de panorama nos situará ante el otro aspecto de Guipúzcoa: montes y más montes que recortan el horizonte onduladamente, y de los que solamente han quedado en nuestra foto las cimas del macizo de Izarraitz, de la misma familia —hierba y roca— de ésta que sirve de peana a la cruz.

Montaña y mar. Casi podríamos decir que en las montañas de nuestra costa puede gozarse al mismo tiempo de estas dos metas del hombre dado a la sana afición de la vida al aire libre.

Al menos, en el Andutz, el aire puro sabe a heno y alga.